

ALYSON RICHMAN

LA MELODÍA DE LA MEMORIA

PARTE I

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Pasaron más de veintitrés años para que Salomé pudiera escuchar música sin recordar el terror que alguna vez le provocó. Sin embargo, parecía irónico que la tarde en la que llegó la carta su viejo fonógrafo sonaba en el fondo; la aguja saltaba sobre las notas solitarias de Satie.

Después de leer las palabras con cuidado, se esmeró en doblar la carta en tres partes y la colocó en el cajón de su escritorio. Su piel estaba fría y su cuerpo temblaba.

Se acercó al fonógrafo, puso la mano sobre la brillante bocina negra y subió el brazo del aparato. La música cesó y el disco dejó de girar. A Salomé la tranquilizó el silencio que siguió, aliviada de que los únicos sonidos que cubría la música fueran las ráfagas heladas que se agitaban por la ventana a medio abrir.

Adentro estaba oscuro y afuera anochecía. Solo eran las 3:00 p. m., pero la noche ya había llegado al cielo sueco.

Aun con el aire frío que entraba al departamento de Salomé, su apariencia era tropical. Cuando sus hijos la visitaban sabían que, sin importar donde viviera su madre, ella poseía una capacidad divina para recrear el hogar de su infancia en Santiago. Las

habitaciones olían a hojas secas de geranio, eucalipto y menta silvestre, porque escondía pequeños costalitos llenos de estas hojas aromáticas en toda la casa, y había cubierto las paredes con viejos carteles de las películas del padre de sus hijos, de cuando había sido famoso. Creaba pequeñas colecciones con las cosas que encontraba, objetos que la gente desechaba pensando que no tenían valor. Pero ella atesoraba esas cosas desterradas, y en los estantes se alineaban vidrios de playa, limones secos y peras, a los que ella les dio un hogar.

Cuando vivían en Chile había sido igual. Una coleccionista. Su casa en Santiago era enorme, mucho más grande que su departamento actual; no obstante, cubrió cada espacio en las paredes con una pintura o un dibujo, y cada estante con algo que había encontrado. Tomaba las cáscaras de los aguacates vacíos y las colgaba de un hilo sobre la estufa de azulejo. Llenaba frascos con arena de colores y tenía una canasta llena de conchas de mar junto a la tina, que echaba al agua para que los niños jugaran, incluso durante el invierno, a que nadaban en el mar.

Cuando se fueron, no podían llevar la mayoría de estas cosas consigo. El tiempo y las autoridades chilenas no habían sido generosos con ellos y le dieron a Salomé tan solo unos días para empacar sus pertenencias. Así que cuando cerraron por última vez la reja de hierro de la casa, Salomé partió de manera muy similar a la que ella y su familia habían vivido. Con frecuencia se preguntaba qué habían hecho los inquilinos cuando llegaron; si se habían metido a su casa, puesto la ropa que colgaba en los clósets o usado el jabón que dejaron en el platito de su abuela. A menudo sopesaba si la familia que le enviaba un cheque cada mes alguna vez pensó en sus propios familiares, en todo lo que les sucedió y por qué se habían visto obligados a marcharse. O si de manera deliberada habían elegido no pensar en ellos y, en su lugar, solo se maravillaban de su gran fortuna al poder vivir en una casa tan grande y hermosa.

Al final, había desempacado el fonógrafo unos meses antes; decidió que era el momento de abrir algunas cajas que había dejado sin abrir durante tantos años. Atornilló la bocina negra a la base de madera y reemplazó la aguja de diamante gastada con una que encontró en una tienda de segunda mano. Ahora adultos, sus hijos la visitaban, igual que su exesposo, Octavio. Y en su modesto departamento, con el olor a eucalipto a su alrededor, todos danzaban. Ponían a Pablo Ziegler, y Rafael bailaba tango con una de sus hermanas, Blanca.

—¿Recuerdas cuando encontramos ese vejestorio? —le preguntó Octavio a su exesposa, sosteniendo en la mano una copa de vino.

Se preguntaba si ahora, después de tantos años, Salomé finalmente apreciaba que hubiera empacado el fonógrafo.

Ella sonrió y permitió que la música la inundara. Golpeteaba el suelo de madera con el pie, el talón de su sandalia se mecía de un lado a otro.

—Es maravilloso poder escuchar música de nuevo y solo tener buenos recuerdos —respondió en voz baja.

Salomé cerró los ojos y recordó cuando ella y Octavio habían puesto el antiguo tocadiscos cuando se casaron. La había cargado hasta el interior de su nuevo hogar, empujando las puertas francesas que llevaban al porche, y la melodía del viejo aparato llenaba las habitaciones de la casa vacía, flotaba en el jardín en el que abundaban árboles frutales y rosas silvestres.

A partir de esa noche, ella empezó a coleccionar discos de tango. El Cantón, Piazzolla y Calandrelli, todos estaban apilados a un lado del fonógrafo. Y cuánto los amaba. Le encantaba cuando su marido bajaba la aguja, el disco empezaba a girar y la música impregnaba el ambiente. A los niños también les gustaba. Aprendieron a bailar mirando a sus padres. Imitaban la manera en la que se tomaban de las manos, cómo entrelazaban sus piernas y hacían girar los

talones. Pero después de que Salomé desapareciera y volviera más tarde, en la casa dejó de escucharse música. El fonógrafo permaneció donde siempre había estado, pero los discos ya no sonaban.

Hay algunas cosas que una mujer sabe que no puede decir, ni siquiera a su familia. En parte es intuición y en parte autopreservación. Salomé siempre había creído que Dios había creado a las mujeres con úteros para que, después de tener hijos, tuvieran un lugar donde guardar sus secretos.

Era cierto que los secretos de Salomé no se podían compartir. Los recuerdos del secuestro y la tortura de una madre eran historias que un niño jamás debería escuchar.

Nunca les dijo lo que le hicieron en Chile, aunque sabía que los niños dividían su vida en dos partes: el tiempo antes de que se llevaran a su madre y a partir del momento en que empezó el exilio de su familia. Cuando todo cambió.

Salomé creía que podía limitar el dolor de sus hijos al ocultarles lo que había padecido. Así, calló todo hasta que fue demasiado y buscó la ayuda de un médico. Ahora él ya había muerto y sus secretos volvían a ser solo suyos. Ni siquiera Octavio conocía la historia completa.

Pero esta vez, mientras Salomé estaba sentada sola en su departamento, escuchando a Satie, no pudo ignorar la carta que le enviaron por correo desde Gran Bretaña, y que había llegado esa tarde. La redacción era clara y directa: «Estamos recopilando historias de víctimas del régimen de Pinochet», informaba en letras negras y frías la misiva de un grupo internacional de derechos humanos. «En aras de la historia y de la justicia, las atrocidades provocadas por el general Pinochet deben registrarse para hacerlo responsable ante los tribunales por la muerte de miles...».

Salomé sabía que, días antes, un fiscal español había solicitado a Inglaterra que extraditara al general Augusto Pinochet, el hombre

a quien ella hacía responsable de haber arruinado su amado país, de casi destruirla a ella y de obligar a su familia a huir durante la noche hacia las heladas costas de un país extranjero. Ahora, quizá, se le haría responsable de sus crímenes contra su persona y el resto de la humanidad.

Pero le parecía dolorosamente tardío. Ahora, después de casi veinticinco años, le pedían recordar. Y no era que temiera que su memoria fallara al dar su testimonio; era algo mucho peor: la manera en la que esto afectaría a sus hijos. Apretó los puños contra su vientre para tratar de aliviar el repentino dolor que sentía. «Solo son los nervios», se dijo. Pero esos secretos que había mantenido enterrados durante tantos años eran implacables. No podía ignorarlos, así como no podía hacerse de la vista gorda con la carta que pedía su testimonio. Tenía que decidir si al final desenterraría esos recuerdos que había hecho a un lado desde que terminó la terapia. Sabía que era lo suficientemente fuerte para encarar a los demonios de su pasado, pero temía el dolor que eso podría causar a sus hijos, incluso a su exmarido.

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Reconoció que era ella quien llamaba, incluso antes de que dijera la primera palabra. Podía percibir su aliento. Ella se había delatado con esa primera pausa de duda que siempre hacía antes de pronunciar su nombre.

—Octavio —dijo ella en voz baja—. Necesito verte. —Él había esperado mucho tiempo para escucharla decir esas palabras, y aunque las murmuró de manera apenas audible para un oído menos atento, él las escuchó como si fueran fuegos artificiales que explotaran en la línea telefónica—. Es urgente —agregó.

—Llego en unos minutos —respondió él.

Colgó el teléfono y se cambió de ropa. Se cepilló los rizos canosos, se echó un tónico aromático sobre las mejillas y el cuello, y alisó las arrugas de su pantalón con las palmas de las manos.

Cada vez que iba a verla, llevaba a cabo el mismo ritual; sus abluciones memorizadas. Era como si se encontrara de nuevo en su departamento de estudiante y estuviera nervioso por la anticipación de verla. Debía verse impecable.

Metió un dedo en el bolsillo del pantalón para verificar que estuviera ahí la pequeña bolsa de seda que Salomé le había bordado

hacía tantos años. Seguía siendo su talismán máspreciado. Las puntadas que acolchaban su nombre estaban gastadas y sueltas, pero él seguía atesorándola, era un recordatorio desteñido y harapiento del amor que, sin importar lo que otros pensarán, él, en su corazón, sabía que había durado.

Se puso el abrigo y se ajustó la bufanda alrededor del cuello; apagó la luz y cerró con llave la puerta de su casa. Una vez afuera, hundió la barbilla al interior del cuello de su abrigo y se apresuró hasta el departamento de Salomé.

La voz de Salomé era urgente en el teléfono, y se preguntó qué la habría motivado para llamarlo tan tarde. En pocos minutos estaría frente a su puerta y conocería la respuesta. Solo esperaba que, una vez ahí, su presencia le diera un poco de tranquilidad.

Cada vez que la veía, su corazón parecía quebrarse un poco más. Ella se paraba en el umbral, con el espeso cabello, aún majestuosamente negro, cayendo sobre sus hombros. En general usaba vestidos de seda brillante sobre su diminuto cuerpo curvilíneo, muy parecidos a los que utilizaba aquella adolescente de la que se había enamorado hacía tanto tiempo. Con el paso de los años, él trató de ocultar sus sentimientos. Incluso había practicado cómo saludarla, una y otra vez, frente al pequeño espejo del baño, esperando asegurarse de que no traicionaría lo que anhelaba. Durante un tiempo trató de ser amigo de su antigua esposa, de comprenderla mejor. Pero solo hasta fechas recientes pudo reconciliar a las dos Salomé que tenía en su mente: la joven a la que cortejó con poesía y la mujer madura que sufrió de manera tan tremenda por culpa de él.

El resto de su vida, Octavio agonizaría sin saber si había tomado la decisión correcta. Sus elevados principios llevaron a su familia al exilio, hicieron que secuestraran y torturaran a su esposa; en los años que habían pasado, había perdido casi todo lo que tenía antes del golpe de Estado.

No podía negar que su mujer, e incluso sus hijos, habían cambiado para siempre por lo que les sucedió hacía tantos años en Chile. Pero, incluso si ninguno de ellos lo había advertido, Octavio creía que él también era otro.

Las Vertientes, Chile
Noviembre de 1964

La primera vez que la vio, ella había salido del convento para recoger las naranjas que habían caído del árbol. El uniforme azul marino rozaba sus rodillas suaves y lisas. Las pequeñas frutas amarillas se arremolinaban alrededor de sus pies, y el olor del pasto recién cortado y el perfume del cítrico maduro flotaban espesos en el aire. Se arrodilló y se jaló la falda para formar una canasta, llenando la tela con la fruta caída.

Era todo un espectáculo: el cabello negro y largo, los brazos delgados y la piel del color de almendras machacadas. Cuando ella giró un poco la cabeza para evitar el sol, él vio su rostro por primera vez. Vio más allá de las ligeras arrugas de su nariz y de sus ojos entrecerrados; observó su ceño romántico, la nariz delicada y la boca llena y madura. Imaginó el peso de su espeso cabello negro; soñó que sus manos deshacían sus trenzas y que los rizos de su melena caían sobre sus palmas y se derramaban sobre sus rodillas. Era tan hermosa que él, casi un adulto, habría podido llorar.

Trató de silbar, pero el sonido era demasiado débil como para que llegara a los oídos de ella. Estaba absorta en su actividad, porque este era el momento más feliz de su día.

Ella disfrutaba como un lujo lo que la madre superiora consideraba un quehacer. Las responsabilidades de las otras chicas eran más tediosas: ayudar a las cocineras en la cocina, limpiar los baños o barrer alguno de los varios jardines de la iglesia. A Salomé solo le pedían que recogiera las naranjas y las llevara a la cocina, donde más tarde las exprimirían para el jugo.

Allí, entre las pesadas ramas verdes y el suelo manchado de amarillo, saboreaba su soledad. A veces, cuando la fruta estaba particularmente madura, agujereaba la cáscara con la uña y colocaba los labios sobre el agujero para chupar el jugo y beberlo de un trago. Otras veces cruzaba las piernas mientras las naranjas yacían pesadas sobre su regazo, y admiraba el vuelo de una mariposa o el brillo verde plateado del ala de una mantis religiosa.

No sabía que, en un balcón a solo 25 metros de distancia, un estudiante de universidad estaba solo, boquiabierto, con el corazón latiente, consumido por completo de amor.

Todos los días, él anticipaba su llegada. Puntual, ella surgía de las paredes de piedra del convento a las 9:15. Empezaba a acicalarse para ella, esperando que un día alzara la mirada y lo viera, una silueta a la distancia, de pie en el balcón.

Se ponía camisas arrugadas para ir a clases y apartaba las planchadas para ponérselas unos pocos minutos todos los días mientras la miraba. Antes de que ella llegara, se rasuraba, peinaba su grueso cabello negro hacia atrás y se palmeaba las mejillas con una loción que, esperaba, llegara flotando hasta ella. Las semanas pasaron, pero ella nunca lo advirtió. Luego, cuando casi se volvía loco de desesperación, ideó una manera en la que podían conocerse.

Cada noche leía con atención volúmenes enteros de los mejores poetas hasta que la vela se consumía y no podía encontrar más luz. Cuando encontraba un verso particular que capturaba sus propios sentimientos de amor y pasión, lo copiaba con su mejor caligrafía

en pequeños pergaminos de papel que había cortado. Tres semanas después, Octavio había transcrito más de doscientos poemas.

A medianoche, con varias docenas de pedazos de papel en los bolsillos y un pequeño cuchillo en las manos, se acercó a las rejas del convento y se paró en el lugar donde empezaba el huerto. Subió a los árboles y sacudió las ramas haciéndolas crujir hasta que las naranjas cayeron al suelo. Luego, con la luz de la luna sobre él, hizo un agujero en cada fruta y metió ahí sus poemas de amor.

A la mañana siguiente se levantó; había dormido menos de una hora. Se paró en el balcón y esperó a que ella llegara.

Ella apareció, vestida con su sencillo uniforme azul; una canastita de mimbre colgaba de su brazo. Él la vio suspirar; su pecho se hinchó bajo la blusa de algodón; todo su cuerpo se dobló, exhausto, al ver tantas naranjas.

Se arrodilló para examinar la primera fruta del día y de inmediato sonrió al ver el pequeño papel enrollado que estaba dentro. Volteó en busca de alguien y sacó el primer poema:

*Acogedora como un viejo camino.
Te pueblan ecos y voces nostálgicas.
Yo desperté y a veces emigran y huyen
pájaros que dormían en tu alma.*

Reconoció el poema «Para mi corazón», de 20 *poemas de amor y una canción desesperada*, de Neruda, y se preguntó quién lo habría metido a la naranja. Cuando se acercó a recoger otra fruta descubrió otro rollito de papel. Al abrirlo, encontró un poema de amor de Mistral.

Volvió a mirar alrededor en busca de alguien, pensando que una de sus compañeras de clase le jugaba una broma, pero no vio a nadie. Miró hacia el frente y vio que todo el suelo estaba cubierto de naranjas. Cada una tenía un rollito de papel que sobresalía de su centro, cada una tenía su propia varita mágica.

Desde donde se encontraba, Octavio podía escuchar su risa alegre y se inclinó sobre el balcón para verla mejor.

Durante varias semanas, Octavio siguió cortejando a Salomé con naranjas llenas de poemas. Entre sus estudios, transcribía tantos poemas que se le cansaba la muñeca y la punta de su pluma fuente se doblaba por el exceso de uso. Aun así le escribió hasta que agotó todos los volúmenes de poesía. Pero había tantas cosas que aún no había dicho. Al darse cuenta de que ya no podía depender de las palabras de otra persona, se llevó las manos a la cabeza y durante horas se esforzó por expresar sus deseos en palabras. Escuchó su corazón y vertió su contenido. Escribió sobre sus ojos negros y su cabello oscuro. Escribió sobre su andar majestuoso, su cuello largo y regio, sus brazos esbeltos. Imaginó su primer beso y la calidez que encontraría en su abrazo. Si hubiera sabido música, habría compuesto una canción para ella, habría escrito un aria y creado un concierto en su honor. Si hubiera tenido pinceles, habría intentado recrear su imagen en una paleta de colores ricos y delicados. Pero como solo tenía pluma y papel, siguió escribiendo.

Una tarde, cuando descansaba los brazos y los ojos exhaustos, con la pluma casi seca le escribió por última vez: «En un cielo plagado de estrellas, deseo verte. Llevaré naranjas para tenderlas a tus pies. Ven a mí, querida. Te esperaré y te cantaré poemas de amor». Con cuidado, insertó el poema en la naranja; luego metió otro papel en el que especificaba un lugar donde podrían encontrarse.

El corazón no le cabía en el pecho por la anticipación. Solo esperaba que ella acudiera a la cita.